

RELATOS GANADORES  
CERTÁMENES  
LITERARIOS  
2019

XXX Villa de Almoradí  
XXVI Antonio Sequeros  
III Juvenil Villa de Almoradí

**Concejalía de Cultura**  
**Ayuntamiento de Almoradí (Alicante)**

# Relato Ganador XXX Certamen Literario Villa de Almoradí

## **Mi última noche**

**Autor: FRANCISCO DE PAZ TANTE**

Era mi última noche, señoría. Después de treinta años caminando entre las penumbras de las calles y las plazas, como las aves nocturnas al acecho de los ruidos y los movimientos, me llegaba la jubilación. Conmigo, además, se acababa el oficio de sereno. Después de mí, del Mochuelo —porque así me llaman en el pueblo, como a esos pájaros nocturnos—, ya nadie vigilaría la noche, ni cantarían las horas, ni informarían sobre el tiempo y sus cambios según el fluir de los días y de las estaciones. Al igual que otras voces de oficios tradicionales, de hombres que callejaban anunciando sus productos y sus servicios, también le había llegado el final a la voz del sereno, y al sonido del chuzo repicando sobre las aceras.

Por eso, señoría, porque era mi última noche, sentía la memoria crecida, y la herida abierta de aquellos ruidos que tanto me dolían, aquellos sonidos de la brutalidad y el sufrimiento que a veces escuchaba con la misma tristeza y negrura que supuraban algunos cielos oscuros, sin luna ni estrellas.

También sentía, mientras caminaba entre las penumbras que dejaban las luces amarillas de algunas farolas, cómo me rezumaban las nostalgias viejas, y los recuerdos de aquellos miedos pretéritos que, al principio, cuando me inicié en el oficio, aún rezumaban en las noches del pueblo como la humedad de una niebla oscura y fría. Porque entonces, en las noches, todavía quedaba un rastro de olor a sangre y a pólvora, una impronta de luto, de rabia oscura acallada, de tristeza de alquitrán.

Luego, la negrura de la posguerra, sus miedos y sus silencios se fueron diluyendo, y la vida empezó a brotar de nuevo en la noche, con sus ruidos y trajines. Y yo siempre atento, escuchando en la oscuridad, con la punta de mi chuzo repicando en las aceras, cantando las horas y el estado del tiempo, si lluvioso o sereno, para que la gente, pendiente del cielo en aquel mundo rural de vida y trabajos a la intemperie, supiera a qué atenerse cuando se levantara con las primeras luces del alba.

En la oscuridad todos los ruidos se escuchan mejor, ¿sabe usted? Yo eso lo he comprobado durante treinta años de vigilancia y oficio. En la noche los sonidos llegan más lejos, con una resonancia y un eco más consistentes que durante el día. Y yo siempre estaba atento a sus matices, sus procedencias, las voces que los emitían, los avatares que los provocaban. Porque ese era mi trabajo, además de espantar a maleantes y ladrones, escuchar los ruidos de la noche, y atenderlos, si provenían de enfermedades, imprevistos, urgencias sobrevenidas; o comprobar que

sólo eran provocados por las rutinas nocturnas, o por los actos íntimos de las pasiones que a esas horas siempre brotan con más fragor. Y cuando escuchaba en algunas casas los ruidos del sufrimiento en sus alcobas tristes, provocados por algunos hombres brutales y beodos, yo me ponía en la ventana y repicaba con fuerza sobre la acera la punta metálica del chuzo, para que lo escucharan, y supieran que estaba atento, y que no iba a permitir aquellos ruidos en la noche, de la que yo estaba a cargo. Y al final cesaban.

Aunque en la casa de Baltasar y de Juana no lo conseguí, señoría. En esa casa, aquellos ruidos que tanto me dolían, los sonidos continuados del sufrimiento, no conseguí que cesaran; aunque golpeaba con el chuzo en la acera, con ira a veces, e incluso en alguna ocasión llamaba a la puerta que nunca me abrían. Y algunas noches, al final, me afloraban las lágrimas con los ojos ya encendidos de desolación y rabia. Luego, durante el día le preguntaba a ella qué eran aquellos golpes, y aquellos gritos, y aquellas súplicas lastimeras, y sus sollozos, y Juana bajaba la mirada amoratada y turbia, en la que reverberaba la oscura sombra del sufrimiento.

También había hablado con Baltasar en varias ocasiones, cuando salía de la taberna: «No quiero más escándalos, Balta. Ni que hagas sufrir a tu mujer. Que yo lo oigo todo. Y me duele», le dije un día. Y él me miró con la turbidez y los brillos del alcohol. Y me escupió sus palabras de desprecio arrastradas y beodas: «Lo que yo haga en mi casa a ti no te importa». «Te equivocas. Todo lo que ocurra durante la noche a mí me importa, y lo que pase en tu casa, por las razones que tú bien sabes, más que en las otras. Además, es mi oficio y mi responsabilidad, mantener la noche serena. Y tú la alteras mucho, Balta. Y alguna noche no me voy a sujetar», le dije, con la punta del chuzo repicando en la acera. Y él entonces, palpando el bolsillo de la chaqueta, donde llevaba la navaja, sólo me dijo: «Si se te ocurre tocarme, o meterte en mi casa sin mi permiso, te mato, Mochuelo». Eso me respondió, señoría, que me mataría si yo trataba de evitar sus ruidos, sus golpes y los sufrimientos que provocaba a su mujer, sin escuchar mis razones, las de mi propio sufrimiento y las de mi oficio.

Porque entre mis obligaciones estaban las de intervenir en los escándalos y altercados que se produjeran durante la noche. Y en los incidentes, azares y avatares que surgieran a esas horas en que todos duermen. Como ocurría si alguna mujer, ya adentrados en la noche, empezaba con los primeros alaridos del parto, y yo entonces enseguida avisaba a Rosa, la partera del pueblo, para que se hiciera cargo de aquellos trajines que solían acabar con el llanto de la criatura ya de madrugada.

También, si alguien enfermaba gravemente y yo escuchaba sus lamentos, o los del familiar asustado, enseguida avisaba al médico, que, ante mi llamada a su puerta, ya era consciente de la gravedad y la urgencia.

Y nunca, señoría, en mis noches se me murió nadie solo. Ni siquiera los viejos solitarios que no quisieron irse con sus hijos a Madrid, que prefirieron quedarse en sus casas sin nadie que los atendiera, ya muy ancianos, acechados por la soledad, la tristeza y la enfermedad. Yo siempre intuía la presencia de la parca cuando se acercaba. Por eso le pedía que no cerrara la puerta a quien habitaba esa

casa en soledad, y antes de que la muerte adensara el silencio de la alcoba y de la noche, yo pasaba y me arrimaba a él, para evitarle la desolación de morir solo.

También, aunque no lo pretendía, durante los veranos, con las ventanas abiertas, en algunas casas escuchaba los ruidos del amor, con aquellos somieres de hierro que entonces sonaban tanto. Y enseguida me alejaba, claro, porque aquellos eran los sonidos de su intimidad.

Y algunas noches, ya tarde, oía las voces de los que salían de la taberna, a veces con los ánimos exaltados y los ojos encendidos de vino y de rabia, por cualquier discusión, o porque esa noche de mucho alcohol habían decidido solventar agravios pendientes. Entonces yo, mientras gritaban y blasfemaban, me colocaba entre ellos, con el chuzo atravesado, hasta que conseguía que se fueran a dormir la borrachera y los odios ancestrales que el vino les había avivado.

Luego, ya me quedaba tranquilo, con la noche controlada, serena, cantando las horas y anunciando el tiempo, con mis voces entreveradas en la oscuridad junto a los ladridos de los perros, los rebuznos de los borricos y los gemidos de algunas mulas, los sonidos lánguidos que emitían esos animales de mirada triste.

Y también conocía, señoría, todos los sonidos y movimientos inconfesables que se producían a deshoras en el pueblo y en las casas. Me refiero a los trajines de la infidelidad, de la aventura clandestina, de la pasión ocultada, de los que iban "de matute". Avatares de la noche silenciados que siempre se han producido, antes y ahora, en todas las épocas que yo he ejercido mi oficio. Por eso a veces escuchaba la puerta en la casa de una viuda cuando la traspasaba a altas horas de la noche un vecino de mucha reputación. Y el ruido de la verja en la mansión de un señorito de orden y muy devoto, a quien visitaba con frecuencia, ya pasada la media noche, un amigo íntimo. Y además de esos sonidos acallados, ocultados, clandestinos, en los veranos, sobre todo, a través de las ventanas entreabiertas, siempre escuchaba en alguna cama el alegre soniquete metálico del somier.

Todo normal, señoría, la noche y sus sonidos, incesantes. El rumor de la vida, de los sueños, de los que duermen y de quienes se mantienen en vigilia. Y a cada hora los sonidos de mi voz, que informaban sobre la noche serena. Aunque a veces sólo eran expresiones en voz alta referidas al buen tiempo, y no a la realidad de la vida. Porque si yo escuchaba gritos, golpes, sollozos y otros ruidos de la brutalidad, la noche no estaba serena, aunque las estrellas brillaran claras en el firmamento. Y esa era la sensación que tenía cuando escuchaba en la casa de Baltasar y Juana lo que nunca tendría que haber escuchado: los sonidos del sufrimiento. Y persistían, y aunque yo repicaba con el chuzo en la acera, e incluso a veces llamaba a la puerta que nunca me abrían, no cesaban.

Por eso decidí que no me iba a jubilar con la persistencia de aquellos ruidos. Y la última noche, la de mi jubilación, me fui a esperar a Balta a la salida de la taberna. Yo sabía que las palabras ya de nada servían, que, con ellas, solo volverían los desprecios, las amenazas y los insultos. De modo que, cuando me puse frente a él, por los relumbres fríos de mi mirada, de mi mudez sombría, bajo la luz amarilla de una farola, intuyó mis intenciones. Pretendió sacar la navaja, pero enseguida se echó las manos a la garganta para tratar de tapan el boquete que acababa de abrirle con el chuzo.

Como se moría con mucho ruido, para evitar que se oyeran sus gruñidos, canté la hora en voz muy alta, varias veces, de seguido. Quizás algunos pensarían entonces que aquella reiteración era una forma de despedirme, en la noche de mi jubilación. Y luego, al final, dije, ahora con convicción, «Y sereno».

Luego continué con mi ronda, mis paseos, escuchando los ruidos habituales, los maullidos de los gatos en busca de despojos y apareamientos, los gemidos de las mulas tristes, los quejidos de algún enfermo, los pasos de los que salían al campo a escondidas para que sus hijos, en aquellos tiempos aún de muchas privaciones y carencias, pudieran comer al día siguiente. Y en algunas ventanas entreabiertas también escuché los alegres sonidos metálicos del gusto cumplido del amor. Todo normal, señoría.

Y la casa de mi Juana, al fin, en silencio, ya sin el ruido del sufrimiento, porque su marido estaba debajo de una acacia, con los ojos muy abiertos a un cielo sin estrellas, a la espera de que amaneciera para ir al cuartel a dar parte de lo ocurrido. Al cabo le dije lo mismo que a usted, señoría: no sólo lo maté para evitar el sufrimiento de mi hija Juana, sangre de mi sangre, sino también porque era mi última noche, y quería dejarla serena.

***Lema: Albalat***

# Relato Finalista XXX Certamen Literario Villa de Almoradí

## El velatorio

**Autor: Juan Manuel Sainz Peña**

Cantamirlos, febrero de 1912

Ya descansó el Evelio. Ahí está, en la caja de pino, con su traje de los domingos, la cara pálida de los muertos y los ojos entrecerrados como dos cancelas viejas. Se sujeta el crucifijo entre las manos; ramas secas de olmo, y el bastón de mando. Poco ha de servirle a donde va, que ya se sabe que tras el juego, peón y rey a la misma caja vuelven. En vida fue alcalde del pueblo, pero pasará el tiempo y pronto será solo esqueleto y retales.

¿Quiénes hacen ese ruido tan molesto? ¡Ah, claro! Cómo iban a faltar las tres plañideras con su luto de algodón y gasa, las lágrimas y el rosario. Válgame el cielo. ¡Sí que lloran hoy! Blasina, la que más. Siempre fue muy llorona. Cuando no tiene un motivo para las lágrimas, se lo busca. Hoy llora con pena. No como las otras veces. Claro que ver al Evelio tan sonriente y tan lleno de vida siempre, y ahora quieto como un don Tancredo, desconsuela.

Tampoco se queda atrás Eustolia, la del manco. Tantas penas se traga como morcillas y chorizos con pan de hogaza. Bien criada de siempre. Ni veinte años tiene y es todo carnes y arreboles en la cara. Ahí anda también, dando hipidos, repitiendo en susurros o a voces, según le dé, el nombre del difunto.

¿Y Nicanora, la del panadero? De las tres, la más vieja y la que más afilada ha tenido siempre la lengua. Ahora no abre la boca más que para dar suspiros y ayes. Ahí están las tres, cerca del Evelio, que lo mismo, si pudiera, se levantaba y se iba. O no. Quién sabe.

No voy yo a tener a estas cerca el día que me vaya a la sombra de los cipreses. Que me dé bendiciones el párroco, que me salpique agua bendita con el hisopo y que me dejen descansar en paz.

«Cierra la puerta», —le dice el señor alcalde con su eterna sonrisa. Y Blasina, antes de cerrar, se asegura de que no haya nadie. Luego, como otras veces, besos van, besos vienen. Y las prendas por el suelo del despacho o por los tobillos; la camisa de don Evelio Rojas tapando la foto de su difunto antecesor —un respeto por los muertos, qué menos, ¿no?—. Promesas amorosas luego, y risas antes de que la mujer salga sin fuelle, las ropas en su sitio y una cédula de pega en la mano, firmada por el señor alcalde, por si alguien le pregunta de dónde viene.

Menudo es el Evelio, ¡la Virgen!, hace Blasina el amago de santiguarse mientras recuerda, camino de su casa, las acometidas de verraco del señor regidor de Cantamirlos.

«No se entera aún María de la Encarnación de lo que le ha pasado al bueno de don Evelio. Suele ocurrir», dice don Antonio, el párroco de la villa con tono condescendiente.

El señor cura de Cantamirlos no falta, como religioso que es, a bautizo, boda o entierro. Siempre tan digno, tan sereno a pesar de ser casi más amigo del vino corriente que del de consagrar.

Bien sabría, —digo yo, no lo sé cierto— lo del Evelio con esas tres. Porque si el alcalde se arrodillaba en el confesionario no iba a ser para hablar con don Antonio de don Alfonso XIII o las ropitas de las infantas.

No quiero que se me acerque mucho, que cuando no huele a vino me riega con las consonantes fricativas. El mortadela llaman los críos del pueblo al cura, tan colorado como está siempre. Un buen hombre, eso sí, las cosas como son.

Ahí viene. Que sea lo que Dios quiera, que no tiene una bastante con ver al Evelio muerto en una caja para ahora tener que escuchar al párroco, con lo que charla, que ésa es otra.

Con Eustolia, la hija del manco, no es como con Blasina. Esa mujer bien entrada en carnes es otra cosa. El señor alcalde pierde el oremus con la muchacha los miércoles, que es el día de su cita semanal.

Reconoce don Evelio que disfruta más que con las otras dos. Le gusta esa piel pálida, los pechos descomunales y hasta el olorcillo que siempre trae a chacinas y a pan recién salido de la tahona del Serrano.

A veces el señor alcalde le pide a Eustolia que cuando vaya a verle se traiga un buen bocadillo y una barra de pan asentado. Le gusta verla comer mientras retoza con ella y luego picar él mismo las miguitas de pan y embutido que le caen a la muchacha en la pechera.

No contento con eso, al regidor se le antoja terminar el encuentro dándole a la hija del manco unos azotes con una barra de pan. Le atiza, no muy fuerte, en las nalgas blancas. El alcalde le explica que le encanta ver cómo la piel se le enrojece. Eustolia, que parece tonta pero no lo es, se ríe, se sube la ropa y vuelve al pueblo andando sola desde el olivar, donde dice a sus padres que acude a echar una mano a su tío Andrés, «que ya anda mayor y cada vez ve menos». Y es cierto que va la muchacha a ayudarle, pero las visitas duran veinte minutos, no más. Después se va a donde los olivos de su tío, en el chamizo medio derruido del antiguo guarda. Allí espera siempre el señor alcalde dispuesto para los juegos y las azotainas.

Ha estado comedido el señor cura. O por lo menos ha debido entender que no estoy para sermones, aunque se agradecen sus palabras.

¿Qué me ha dicho? Pues lo de corriente en estos casos: «Sé fuerte, María de la Encarnación. Dios llama pronto a su presencia a los hombres buenos, a los que son limpios de corazón y tienen la moral y los principios como bandera en la vida terrenal. Un día el Hacedor habrá de reuniros en su Reino. Mientras tanto reza por su alma.»

He estado a punto de decirle que si no nos reúne, tanto mejor, pero he contado hasta diez y me he mordido la lengua. Además, esas tres no se callan, válgame el cielo, y ahora hipan las tres al mismo tiempo.

Me reiría si pudiera viendo el cuadro: la tres amantes de mi esposo, vestidas de negro como la noche, sorbiéndose los mocos; por descontado y si no me equivoco, ajenas entre ellas a los juegucitos del Evelio con unas y otras.

A Nicanora cada vez le cuesta más ir a que el alcalde dé rienda suelta a su lujuria, a sus instintos de perro en celo y a sus fantasías. Ella misma trata de convencerse, cada vez que se desnuda, de que si lo hace es porque el señor alcalde le terminará dando a su hijo Manolo, que es medio tonto, un puesto de enterrador o de barrendero en el pueblo. De lo que sea con tal de que se gane el sustento, porque al niño ni le gusta estudiar ni es capaz de hacer la o con un canuto. Y de la panadería del padre, ni hablemos. Ni para amasar se da maña.

En eso piensa Nicanora cuando el alcalde, una vez se han ido todos, lo mismo que con Blasina, saca de una bolsa oculta en su armario, bajo llave, un uniforme de guardia.

Le gusta a Evelio que la mujer del panadero se ponga esa ropa y la gorra y lo corree por el despacho jugando a policías y ladrones. Pero el juego dura poco porque el alcalde se ahoga enseguida, le entran las urgencias y lo que quiere es lo de siempre: que Nicanora se quede solo con la gorra puesta mientras la toma en cualquier rincón de la oficina.

Todo acaba con la pregunta: «¿pa' cuando lo de Manolito?». Y el alcalde, guardando el uniforme en su sitio, sonríe y le promete que «muy pronto».

Me acerco unos pasos y detengo durante unos momentos mi vista en el cadáver. En voz muy queda le pregunto si pensó alguna vez que yo, la bibliotecaria del pueblo, era tonta de nacimiento. Si de verdad creyó que podía engañarme con esas tres sin que en el pueblo no se diera cuenta nadie.

Los rumores llegaron a mis oídos, Evelio, y lo que yo sospechaba desde hacía tiempo me lo confirmó eso de ir todos los lunes y jueves por la tarde al Ayuntamiento, cuando menos de dos meses atrás, salvo para alguna urgencia, no pisabas tu despacho a esas horas ni loco.

¿Y los zapatos? Sí, hombre, esos tan lustrosos que ahora llevas puestos, pero que solían llegar a casa llenos de tierra y barro o arena todos los miércoles. Qué cosa más rara, ¿verdad?

Se me caen dos lágrimas. Pero no, Evelio. No. No es por pena, es por la ira que me come las entrañas. Lo que hicieras o dejaras de hacer con esas mujeres no quiero saberlo. Pero me mata que me tomaras por lerda, lo mismo que esas tres... Esas tres plañideras que mal rayo las parta.

Menuda sorpresa seguirte, harta ya de chascarros, y ver entrar en el Consistorio, unos días a Blasina, y otros a la mujer de Paco, el panadero. Qué vergüenza más grande ir tras tus pasos un miércoles y descubrir que no parabas en el despacho, sino que seguías el camino del arroyo hacia el olivar del Andrés.

¿En qué estabas pensando? Tú, el alcalde. Que te conocía todo el mundo, por el amor de Dios. Del primer vecino al último.

Miro después a las tres mujeres que me han visto hablar entre dientes. Durante unos instantes les sostengo la mirada. Se instala de repente un silencio extraño y furtivo en el salón de plenos, pero luego vuelven las toses, los rezos y los ayes de las plañideras.

Yo me doy la vuelta y tomo asiento al otro lado del féretro, desde donde solo adivino la calva del muerto y sus pies calzados e inmóviles. Cierro al fin los ojos y se me escapan dos lágrimas. En la oscuridad de mis párpados recuerdo las últimas palabras



de mi marido antes de darle el primer sorbo al té. Luego el carraspeo, la tos ahogada, la congestión de su rostro; la caída tras tratar de levantarse de la silla. La infusión derramada que forma un charco y gotea en el suelo, sobre el pecho del Evelio. Recuerdo todo eso y no soy capaz de sentir pena. Ni remordimiento. Ni ganas de ir a contárselo todo a don Antonio o a la Guardia Civil. Solo pienso en que, pasados unos días, y aunque luego la Autoridad me prenda, habrá que invitar a esas tres pobres mujeres a merendar a casa. Tal vez les gusten las galletas y el chocolate. Sí, el chocolate siempre gusta. Y si no, alguna infusión. Cualquier cosa valdrá para que ninguna de las tres pueda venir a llorarme el día que me toque a mí estar metida en una caja como la que guarda ahora el cuerpo del excelentísimo señor alcalde.

***Lema: Loreto Scolani***

# Relato Ganador XXVI Certamen Literario

## Antonio Sequeros

### De la vida centenaria de Margarita Soriano

**Autor: MANUEL RAMÓN MOYA BASCUÑANA**

Doña Margarita Soriano Pertusa acaba de cumplir ciento dos años, rodeada del cariño, del más sincero afecto y de la más profunda admiración de sus hijos, nietos y bisnietos. O lo que es lo mismo, del más profundo afecto y de la más sincera admiración de los suyos. Doña Margarita Soriano Pertusa es una superviviente.

Siempre que se celebra el día de la tercera edad se le otorga una medalla por ser la mujer más longeva del pueblo. Atesora ya unas cuantas, aunque ella las cambiaría todas por ser ochenta años más joven

Nació en 1906, siendo alcalde del pueblo don Ricardo García Alonso; año éste en el que se dedicó una calle al ilustre liberal don Tomás Capdepón, pero también año de infausta memoria ya que una riada destruyó el puente del río y las obras de reparación, gravosas para la mermada economía de la villa, se arrastraron más de dos años.

Nada más nacer Margarita, su madre, Fermina Pertusa, dijo que tenía la virtud de amansar a las mariposas y las abejas.

Margarita Soriano Pertusa es una viejecita encantadora, que recuerda a uno de esos delicados mascarones de proa de los barcos, con el inconveniente de que es un delicado mascarón de proa con el rostro surcado por infinidad de tenues arrugas y cuyo frágil cuerpo descansa en una silla de ruedas que su bisnieta Laura, de doce años, empuja con garbo y soltura por las calles del pueblo.

Margarita Soriano Pertusa casi no puede ver, cegada por lo mucho que sus melancólicos ojos han visto a lo largo de su siglo largo de vida, y sobre todo por las cataratas que la diabetes le ha inflingido. A pesar de su ceguera y de la limitación de sus movimientos Margarita Soriano Pertusa es relativamente feliz. Todo lo feliz que puede ser una diabética inválida, ciega y en silla de ruedas. En su rostro apergaminado siempre brilla una alegre sonrisa enjoyada. Cuando le preguntan por su vida, responde con un *si yo le contara*...al que sigue un silencio cristalino que traspasa el aire como el silencio que resuena después de que se rompa una copa de cristal de Bohemia. O de cristal de Venecia. Porque si Margarita contase su historia, en ella cabría la genealogía completa del pueblo en el último siglo. Pero Margarita Soriano Pertusa habla poco, lo justo, porque los recuerdos se le confunden en el alma y en el dolor de su memoria.

Ya no sabría decir en qué año fue sustituido el alumbrado público de carbono y petróleo por el de electricidad o cuándo se acabó el nuevo cementerio. Tampoco si el ciclón que asoló las barracas de la Eralta y de la Erica fue en 1918 o en 1919, época en la que ella, que ayudaba a su madre en la huerta, además de amansar mariposas

y abejas, hacia florecer las rosas de los jardines por donde pasaba y atraía sobre sí todas las miradas de los mozos de la villa. Margarita ha olvidado también que por aquellas fechas una epidemia de gripe ocasionó la muerte de uno de sus hermanos pequeños. Y es que el olvido, a veces, es un amigo clemente; un consuelo.

Sí que recuerda, en cambio, su boda en mayo de 1927, unos días después de la conmemoración del XXV aniversario de la coronación del rey Alfonso XIII. Lo recuerda como si fuera ayer, aunque borrosamente; claro. Margarita cree seguir oyendo en su interior las campanadas de *Andrea*, la campana gorda, instalada en la iglesia de san Andrés en 1666, como si estuviese todavía saliendo del templo en este mismo momento con su flamante marido Valentín Colomina Bernícola. Es como si no hubiera pasado el tiempo. Y en realidad para ella no ha pasado.

Durante los siguientes años Margarita Soriano Pertusa fue tan feliz que los recuerdos se diluyen en el agua bendita de su memoria. Ella se emboha y su mirada ciega se queda fija en la boria de una esquina del tiempo.

En 1930, poco antes de acabarse la Casa Cuartel de la Guardia Civil nació el primero de sus siete hijos; que se llamó, como es natural, Valentín. Al año siguiente nació Marta, una niña de constitución débil que murió a las pocas semanas y le dejó una indeleble cicatriz en la piel del corazón.

Para consolarla del fallecimiento de Marta, 1932 le trajo el nacimiento de Obdulia. Ese año la calle Virgen del Rosario pasó a denominarse de Gabriel Miró, mientras que la calle Purísima pasaba a llamarse calle Julián Besteiro. Margarita trabajaba en la huerta y cuidaba de sus hijos; cuidaba de sus hijos y trabajaba en la huerta; Valentín se ganaba el jornal en una fábrica de alcoholes levantada en el camino de la Bodega y estaba afiliado a un sindicato de trabajadores. Todo esto lo recuerda Margarita sin recordarlo. Como si perteneciera a la vida de otra persona y se lo hubieran contado. Lo recuerda y no lo recuerda mientras su bisnieta Laura empuja la silla de ruedas con garbo y soltura, y una leve brisa acaricia su rostro, ajado como los campos resecos cuando llevan tiempo sin lluvia.

Los gemelos Teodoro y Doroteo nacieron en 1935, el año que se plantaron ciento treinta álamos en todas las calles de la villa. A Margarita el inicio de la Guerra Civil la pilló desprevenida. Ella no entendía de política, sólo de cuidar niños, amansar mariposas, hacer florecer las rosas y platicar con las ranas y los pájaros. No entendía por qué cambiaban los nombres de las calles con tanta celeridad ni por qué unos vecinos mataban a otros, cuando hasta no hacía mucho habían convivido en armonía. El año que nació Paloma, 1937, las calles cambiaron sus nombres como nunca antes lo habían hecho: Santo Cristo se convirtió en calle Pasionaria; Canalejas en calle Durruti, San Andrés en calle Federico García Lorca. Y alguien arrojó la campana gorda desde la torre. Definitivamente, Margarita no comprendía nada. Había miedo y dolor por todas partes. Valentín permanecía escondido la mayor parte del tiempo en un escondrijo entre el cielo raso y el tejado a dos aguas. Poco antes de acabar la guerra, en 1939 fue detenido y fusilado contra la pared del cementerio viejo. Lo delató el hecho de que Margarita estuviese de nuevo embarazada. Siendo como era una mujer virtuosa y devota, devota y virtuosa, su marido no podía andar lejos. Con el asesinato de Valentín, ella sintió que había perdido su corazón. Simón nació huérfano de padre.

El año que acabó la Guerra Civil, Margarita Soriano Pertusa casi se vuelve loca de pena y dolor y si no cometió una locura fue por el estado de buena esperanza en el que se encontraba. Muchas calles volvieron a recuperar sus nombres antiguos y el pueblo empezó a superar las secuelas del odio. Recobran sus antiguos nombres las calles: La Reina, Alfonso XIII, Purísima, y San Andrés, entre otras.

El cadáver de Valentín Colomina Bernícola nunca apareció.

En 1940 fue instalada en la Iglesia una nueva imagen del Cristo de las Campanas, obra del escultor Ponsoda. Por entonces, Margarita Soriano Pertusa vivía recluida entre las cuatro paredes de su mísera vivienda. Sobrevivía con la ayuda de sus padres y sus suegros y con algunas hortalizas que cultivaba en el jardín. Vestida de negro, era la sombra de sí misma. La sombra de una sombra. Desde la muerte de su marido, el mundo le traía sin cuidado. Todos los cambios que se produjeron en el pueblo le pasaron totalmente desapercibidos. Tanto la construcción del Quiosco-Templete en la plaza, como la venta del viejo matadero, o la decisión de nombrar patrona del pueblo a la Virgen del Perpetuo Socorro, en 1945, apenas le interesaron. Vivía dedicada a sacar adelante a sus seis hijos. Como no encontraba quien le diera trabajo en el pueblo por ser la mujer de quien era, un alma caritativa, apiadada de ella, le ofreció trabajo como cocinera en casa de unos señores muy principales de una ciudad vecina donde nadie le preguntaría de quién era viuda.

El tiempo no se detiene, los años pasan. Margarita Soriano Pertusa todavía no ha olvidado a Valentín Colomina Bernícola; el color de sus ojos es el del cielo en las tardes claras de julio. Obdulia se casó antes que Valentín; que sentía un especial apego por su madre; los gemelos, Teodoro y Doroteo, contrajeron nupcias al mismo tiempo; Paloma lo haría en 1962, el año que se instaló la fachada de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús; Simón, en el sesenta y seis, cuando se levantó la segunda torre de la Iglesia.

Enseguida los nietos llenaron la vida de Margarita Soriano Pertusa. A los nietos, los crío ella. Les contaba historias que se inventaba, les enseñó a amansar mariposas y abejas y el secreto para que florecieran las rosas. Y también el lenguaje de las ranas y de los pájaros.

Ahora es feliz porque ha comenzado a olvidar el dolor de olvidar. Sigue vistiendo de negro, pero no recuerda por qué. El pueblo ha cambiado y muchos de sus habitantes han muerto. El olvido es el único perdón y Margarita Soriano Pertusa se ha convertido en doña Margarita y ha empezado a perdonar y a olvidar; aunque no del todo. Algunas tardes le pide a su bisnieta Laura que la acerque a la plaza del pueblo, que desde 1988 se llama, plaza de la Constitución; y allí, bajo un árbol en concreto le cuenta a su bisnieta que además de amansar mariposas y abejas, hacer que florezcan las rosas y conocer el lenguaje de las ranas y los pájaros, es capaz de escuchar el latido del corazón de los árboles. Laura la mira con ojos incrédulos y doña Margarita se guarda para sí el secreto que sólo ella conoce; que el corazón que palpita bajo ese árbol tiene nombre y apellidos.

**Lema: Litoral**

# Relato Finalista XXVI Certamen Literario

## Antonio Sequeros

### Barro

**Autor: CONCEPCIÓN LÓPEZ BELMONTE**

Presa de la impaciencia, de tanto tiempo reprimida en el embalse de los ojos, rompe el dique del orgullo y corre, corre sin freno ya, libre por la ladera de la cara, una lágrima, luego otra... y como un río cuando desboca, aparece el llanto. Aquella foto apareció tímidamente entre un amasijo de ropa mojada y al intentar cogerla por la esquina le temblaron los dedos por miedo a que se desintegrara para siempre entre sus manos. ¡Ay, madre! Y ya no aguantó más, la hermana mayor, se secaba el caudal de lágrimas con una mano llena de barro. Su hermana menor la esperaba fuera de la casa y al ver que no salía, entró a buscarla porque se hacía de noche y tenían que volver al pueblo por un camino de fango.

La noche del 14 de Septiembre de 2019, después de dos días de lluvias torrenciales, y cumpliéndose de sobra todas las predicciones, las dos hermanas tuvieron la certeza de que la casa en la que habían crecido y también la causa de su distanciamiento, estaría inundada en un mar en plena huerta. La hermana mayor corrió a cerrar todas las ventanas porque los relámpagos iluminaban a fogonazos un cielo empedrado y con su clamor advertía que la furia de los dioses había apuntado al pueblo con el dedo. Después de un trueno se fue la luz y apretó aun más el teléfono móvil contra el pecho a modo de rosario y sin pensarlo más, marcó por fin el número de su hermana, tres años menor que ella. Hacía otros tres que no se hablaban. En ese momento se cebaban con ella todos los miedos del mundo, los adultos y los infantiles, y con éstos últimos, los pasitos descalzos de su hermana pequeña venían corriendo hacia su cama en las noches de tormenta y allí se escondían debajo de las mantas mientras la lluvia azotaba los techos altos de aquella casa. Podía recordar todas las agujeros de ese tejado por el que supuraba el agua como la sangre por una herida que no cura y la orquesta del goteo en los cubos de cinc...Sacudió de su mente los recuerdos como si fueran moscas pesadas que siempre vuelven. ¿Seguiría ella teniendo miedo a las tormentas?

Sonó un tono, un resplandor iluminó el comedor, dos, un relámpago partió el cielo en dos, tres, el rumor de un trueno que se hizo eterno y al fin una voz al otro lado del teléfono, “¿dígame?”. Su voz, cuánto tiempo sin oírla, apunto estuvo de colgar, pero contestó ;”soy yo”, y la otra supo que era ella, solo por su voz. La hermana menor suspiró y dejó que el silencio lo dijera todo. La lluvia no paraba y ese rumor que traían las nubes presagiaba que de un momento a otro caerían del cielo granizos como naranjas, tal vez un rayo fulminante que acabaría con todo. El fin del mundo. Sí, seguía teniendo miedo a las tormentas y sin querer se vio de niña correr a la cama de su hermana que la esperaba con las mantas abiertas y le contaba mil historias

mientras le acariciaba el pelo. Pero no, no quería sentir nostalgia ahora después de lo que pasó. ¿Acaso le iba a perdonar que intentara a toda costa quedarse con la casa que era de las dos? Porque la mayor nunca se casó y le echó en cara que ella sola se había ocupado de los padres y de la casa mientras la pequeña gozaba de una libertad que la mayor no tuvo nunca y se evadía de todo saliendo a trabajar en el almacén o de paseo con su novio. Tercas como el padre era, con esa discusión dejaron de hablarse hasta que recibieron una oferta de vender la casa, un dinero que las hubiera aliviado un poco de la crisis pero la mayor se negó rotunda. “La casa no se vende”, dijo, ya no hubo arreglo. Así que nada, ella lo quiso, ni para una ni para otra y la casa sin barrer. Ahí estará, pudriéndose y hundida por el barro de los recuerdos, con todo dentro igual como lo dejó madre. Madre mía, si levantara la cabeza...póbretica”. Y padre igual, toda la vida trabajando en la dichosa huerta y lo único que tuvieron fue esa casa, si esto le pilla en vida se hubiera dejado engullir por las aguas antes de tener que dejarla, tan terco como era por el apego a esta tierra. No, mejor que no levanten las cabezas que del susto se mueren otra vez al verse con tanta agua alrededor y sus hijas tan distanciadas, cada una viviendo en una esquina del pueblo para no tener que tropezarse.

“Sí, tenemos que ir a la casa” Sentenció la hermana pequeña y quedaron en verse en cuanto supieran que se podía pasar por el camino de acceso. Así que nada, nada de preguntarse cómo estás, si te ha entrado agua por algún lado, y los chicos, -dos hijos ya mayores de la pequeña-, si les había pillado la riada fuera, porque está lloviendo mucho, que veremos a ver cómo amanecemos, y las carreteras estarán cortadas y...hermana, estoy aquí si me necesitas. Esas palabras hubieran sido las normales, sin embargo ninguna las dijo pero sintieron en el pecho el galope del corazón aguantando todo el rencor enquistado que les taponaba la boca.

A una noche apocalíptica le sucedió un amanecer sombrío, los helicópteros taladraban el cielo y las lanchas y camiones del ejército navegaban por las calles formando crestas de agua al pasar. Al principio daban una sensación de guerra inminente, un estado militar propio de otros tiempos y lugares, pero al final se convirtieron en una tónica diaria, una normalidad forzada llevando víveres o rescatando gente que se había quedado aislada en sus propias casas, gente mayor o enfermos, gente normal. Todo el mundo conocía casos así y por las redes sociales corrían como la pólvora las fotos del desastre minuto a minuto. En las colas de la cuba de agua no se oía otra pregunta “¿y a ti, te ha entrado el agua?” La respuesta era un consuelo que los igualaba, los mayores decían que no habían conocido riada igual porque en ésta había llovido más que en la anterior y en menos tiempo y encima se había roto la mota del río por varios sitios inundando zonas nuevas. Una situación angustiosa vivida aquí muchas veces y nada, todo seguía igual.

La gente para vivir necesita rodearse de sensaciones de seguridad y bienestar, tener un hogar, con sus cosas en su sitio, su agua y su luz correspondiente y sentir que allí está a salvo de todo. Y lo normal es que así sea, pero se olvida a menudo que el hilo de oro con que se sostiene esa normalidad se puede romper ahora mismo con un solo sople, que lo que no pasa en siglos puede pasar hoy. Pero esa naturaleza indómita también desarrolla el sentido de supervivencia, por eso también al caos se acostumbra uno, cuando no queda otra. Durante una semana el pueblo fue una

isla rodeada de agua y se convirtió en la zona cero de la inundación en la Vega Baja, sus habitantes se acostumbraron a ir llenos de barro a diario y puestas las botas de agua, algunos por primera vez y que compraban por decenas junto con todos los aperos quita-lodos, hasta que acabaron las existencias. En poco tiempo ya todos habían aprendido a hacer una ordenada cola ante el camión de la cuba de agua, con sus garrafas a cuestas con la que también habían aprendido a lavarse. Acostumbrarse a pasar los días con lo poco que suministraban las tiendas y superar la lección de vivir sin agua, ese sagrado líquido que tanto se derrocha y que veían correr salvaje por las calles y los campos pero que no salía ni gota por los grifos. Luego venían las cámaras de televisión a grabar y la gente se veía por el telediario de la noche siendo preguntados, “¿y a usted, le ha entrado el agua?” o siendo rescatados en lancha o sacados en volandas por la manos de los bomberos...pero siempre con la sensación de que esos de la tele no eran ellos, sino otros, que esto no podía estar pasando en su pueblo y a su gente. Un manotazo de realidad.

Cuando el sol salió de nuevo después de tres días secuestrado, quiso esconderse otra vez para no ver la desolación del nuevo paisaje urbano a plena luz. Los coches dormían en los parques, otros estaban inundados o hincados de cabeza en medio de los bancales, como si la mano de un gigante aburrido los hubiera dejado allí. Las casas llevaban el tatuaje de la línea del agua marcado en las fachadas y los árboles desde arriba eran vistos como los guisantes de una sopa aguada, bastante aguada, se diría. Y hacer frente a la nueva realidad que va surgiendo conforme va bajando el nivel de esa aguas estancadas, así aparecen objetos y animales que no se pudieron salvar y enseres como vomitados de las bocas de las casas, cubiertos de tanto fango que ya no serán los mismos y las personas tampoco, con barro hasta en el alma, intentando recomponer su pequeña cota de normalidad, rescatando entre el barrizal algo de lo que fueron. Lo demás, lo que no sirve, se amontona en las aceras y descampados, un disparatado rastro de desechos; mesas, sillas, armarios, electrodomésticos, camas, colchones, cuadros, percheros y zapatos, montones de ropa empapada, los trastos de una vida, toneladas de tristeza.

Así fue que el tiempo y el espacio en el pueblo cobró una nueva dimensión, nada se podía hacer en esos días sitiados ya que por las carreteras no había entrada ni salida y no había colegio, ni agua para limpiar y la actividad se limitó a sacar trastos a la calle y a vagar errante por ellas, una multitud ociosa que no quería meterse en casa sin saber las últimas novedades. Unos y otros, chocando antenas como las hormigas al reconocerse, cada uno arrastrando su miedo y su pena a la medida pero todos impotentes ante este revés de la naturaleza. Ellas, las hermanas en cuestión, intentaron no acordarse la una de la otra, cada una en su zona; la mayor en un piso del que no pudo bajar en dos días y la menor en una casa con garaje inundado, pero ambas cavilando en sus entrañas si a la otra le habría entrado más o menos el agua.

Cuando el agua entra en una casa nada se puede hacer salvo dejarla pasar, su lengua se va extendiendo sin compasión buscando salidas hasta que rebosa y sube de nivel. Se conoce también que cuando el agua va desapareciendo deja una

gruesa tonga de lodo, blanda y resbaladiza al principio pero dura y seca al final. Eso es el barro, difícil de quitar. Cuando se va realmente ya lo ha podrido todo. Luego conseguir entrar a la casa y que ya nada esté en su sitio y no saber por dónde empezar y sentir el involuntario temblor en la barbilla y en los hombros que acontece al llanto. ¿Qué podía rescatarse de una casa inundada?. Las situaciones adversas ponen a prueba la condición humana, se puede llorar y desatar la furia en busca de culpables o se puede coger unas botas y el rastrillo y empezar a arrastrar el barro de dentro a fuera. Sin parar, hasta que aquello que fue hogar, fábrica o escuela vuelva a parecerse a lo que era. Y es en ese momento cuando dos hermanas que llevaban sin hablarse desde la muerte de su madre, hartas ya de culparse, van aponerse las botas de agua y a romper a palazos esa capa de barro viejo que las separaba.

Enfilaron el camino a la casa, a pie y en silencio, todo estaba desfigurado, tumbadas las alambradas, muertos los cultivos y los bancales invadidos de matas esqueléticas, rastros retorcidos y bardomeras pavorosas. También los árboles tenían la herida del agua como un hachazo en mitad del tronco y, enredados entre sus ramas, tristes colgajos de plásticos mecidos por una brisa pestilente. La casa en medio de ese paisaje fantasmal parecía dormir el sueño de las piedras. Varios pájaros salieron por los huecos de una ventana rota y, contra la fachada, se amontonaban matojos y basura empujada por el torrente del agua que se desbordó de la acequia. Tal sería su fuerza que el agua se coló por los resquicios de los marcos con carcoma, por todas las oquedades antiguas de la madera y se filtró por las paredes convirtiéndolas en esponja. La puerta de entrada había cedido a la investida y el agua como toro desbocado, había salido por la puerta trasera de lo que era el corral. Lo que dejó a su paso era barro y un vacío tan hondo que no daba lugar a nada más. ¿Qué rescatarían de aquel lodazal? Quizá la clara conciencia de que esta desgracia en el pueblo y en sus vidas les daría otro enfoque de las cosas.

Al entrar el fuerte olor a humedad y cieno las tumbó de inmediato. El amplio comedor había sido arrasado, tendrían que empezar sacando todo al porche, algunos muebles con el tiempo se secarían y otros terminarían abriéndose de dentro a fuera como se abre una flor. El cuadro del sagrado corazón todavía las observaba desde arriba con la imagen abombada, fugada de su marco. La mesa y las sillas se estrellaban contra la pared en una maraña de patas. Seguramente el aparador había estado flotando sobre las aguas boca arriba como un ataúd abierto y de él habían salido a navegar multitud de objetos pequeños, recordatorios de bautizos, bodas y comuniones, fotos embarradas de personas que ya nadie reconocería y los álbumes de sellos que su padre siempre coleccionó, todo hundido en un palmo de barro.

Seguían sin mediar palabra cuando entraron al cuarto matrimonial, un lugar que albergaba el nacimiento y la muerte. En la pared, sobre el alto cabezal de la cama, la señal de un rosario negro con las cuentas de madera, la línea sucia del agua y las manchas de moho, dibujaban un extraño mapa sin ningún tesoro. Contra esa pared las dos apilaron el colchón que parecía un fusilado de guerra con todas sus heridas abiertas. Luego estaba en la esquina del cuarto aquel espejo de cuerpo entero



que fue testigo del estrago del tiempo en sus cuerpos. Era una reliquia con sus marco de madera oscura formando volutas. Decía la madre que fue un regalo de bodas de un tío suyo y que a su vez había pertenecido a un antepasado italiano, a ellas les encantaba esa historia y se reían frente al espejo, imitando el acento “¡mamma mía, es molto costoso!” La hermana menor, siempre más práctica, pensó en la posibilidad de venderlo, pero al verse reflejada, dio un respingo y apartó la mirada porque se vio vestida de novia, la madre y la hermana en su espalda, colocándole el velo...Cuántas veces se habían mirado en ese espejo aboyado, cuando se tomaban las medidas para las faldas que su madre les hacía, y giraban luego para comprobar su vuelo, cuando se peinaban entre ellas y se disfrazaban o jugaban a ponerse los zapatos de tacón. El espejo tendrá arreglo, se dijo,y siguió andando apartando trastos con las botas.

En el espeso lodo de la cocina se revolcaba una vieja nevera con la puerta abierta de par en par exhibiendo su esmirriada desnudez y a su alrededor flotaban todos los moldes de pastelería, las llandas del horno y la cacharrería antigua que dejaron de tener sentido si no estaban en las manos de su madre. Allí ya no. Habría que tirar muchas cosas y para eso tenían que tener la cabeza fría, iba pensando la hermana menor, siempre la más fría, nada de sentimentalismos tardíos, pero cuando llegó al fogón donde aun reposaba una vieja marmita, le rondó la imagen de su madre con su delantal prendido al pecho con imperdibles y el bolsillo lleno de tesoros. Y allí estaba también la vieja mecedora donde solía bordar y coser toda la ropa que hasta la mocedad llevaron. Ella que quería mantenerse fría, no pudo controlar las brasas de su corazón y sin que su hermana la viera, cerró un instante los ojos para sentir el arrullo de su madre en el vaivén de esa mecedora desmembrada. No, no había que ser muy sentimental para venir a deshacerse de esas cosas como si nada hubiera pasado. ¿Qué harían con ella? La mecedora también tendrá arreglo, pensó, sintiendo el peso de los recuerdos en el pecho.

Por la puerta de atrás se salía al corral. En el centro, el glorioso limonero que un día plantara su padre no era más que un viejo cadáver rodeado de cascotes de macetas. En las paredes, los huecos abiertos de lo que fueron jaulas de gallinas y pavos, conejeras desvencijadas y todo un mundo de enredos, aperos de labranza oxidados, artesas, capazos de ladrillo de la última reforma, bicicletas del año mil, mil juguetes rotos. Todo fosilizado con el barro para toda la eternidad. Parecía mentira que allí hubieran celebrado la comunión de las dos y la boda de la pequeña. Con apenas tres tablones para las mesas, cocido con pelotas para todo el mundo y de postre siempre las almojábanas y la tarta de almendra, tíos, primos y vecinos, todos allí metidos y no les faltó de nada. Qué bien lo habían pasado en ese patio y al sentirse sin querer unidas en ese recuerdo, agacharon la cabeza para no mirarse. Porque allí mismo su madre se sentaba a coser con el sol de la tarde y entre cabezada y cabezada, ellas dos corrían detrás de las gallinas, le quitaban los huevos recién puestos y glugluteaban delante de la pava más gorda reservada para la Navidad... Solo en la memoria de las dos podían resucitar esas escenas cotidianas de un pasado donde las dos habían sido felices aunque su terquedad no les permitiera reconocerlo.

Hasta que apareció esa foto entre un amasijo empapado de ropa de ajuar y la hermana mayor cayó rendida en los brazos del barro. En ella, su madre la miraba a través de los ojos del tiempo, muy seria y triste porque iba de luto en el día de su boda. Una sombra de cuerpo entero en una pose forzada, apoyaba una mano en un sillón y la otra llevaba un rosario enredado entre los dedos, que luego colgaría sobre su lecho y más tarde en el pecho de su mortaja. Ella les contaba, cómo a su hermano pequeño le había alcanzado un rayo que lo fulminó en vísperas de la boda y al llegar ahí, se secaba los ojos con un pequeño pañuelo bordado que siempre llevaba en el bolsillo del delantal. La foto estaba hecha una gacha y al intentar cogerla por una esquina, se partió por la mitad a la altura de la cintura... Dos trozos de una madre. Dos hermanas.

Y ya no pudo más. La hermana mayor no pudo reprimir más el caudal de un llanto que venía de lejos porque no quería que su hermana la viera así, clavada de rodillas en el barro, tan sola y tan rota como todo lo que había allí, y echando tanto de menos a su otra mitad, pero fue así como la vio cuando vino a buscarla. La hermana pequeña se acercó y cuando la vio intentando en vano unir los dos trozos de la foto, ¡ay, madre!, se dejó arrastrar por el inevitable impulso de la sangre. Le puso despacio una mano sobre el hombro que temblaba y la consoló diciendo “todo tendrá arreglo”.

Primero gota a gota y luego a caño vivo, salió el agua de los grifos como un llanto desmedido, y todo el pueblo salió a celebrarlo a golpe de manguera porque había mucho que arreglar y solo con la misma fuerza del agua que los había inundado serían capaces de romper todo el barro acumulado en sus corazones...

***Lema: Fermina Daza***

# Relato Ganador III Certamen Literario Juvenil

## Villa de Almoradí

### *Modalidad: Alumnos de Bachiller*

#### **La danza de las moscas**

**Autor: Jairo Torres Martínez**

Voy a basarme en los recuerdos que tengo de aquella experiencia cuanto menos curiosa. Fue, sin duda, la etapa más rara de mi vida. Para que os situéis un poco, me presento, mi nombre es Susan y por aquel entonces tenía unos 37 años, trabajo estable y una casa más que decente. Estaba a punto de ser navidad, y yo, como siempre, la iba a pasar sola. Para mí, la navidad era la peor época del año, ya que era marginada por mis familiares, y aunque tenía una buena vida, el hecho de que mis allegados no me soportaran, me provocaba una angustia considerable.

Aquella noche en la que fui a comprar tabaco y algo de alcohol para poder sobrellevar el mes, cambió mi vida radicalmente. Estaba buscando mi marca favorita de vino en una pequeña tienda cercana al trabajo. Era un negocio insignificante, pero era el que más cerca estaba de la oficina. Lo que no me esperaba era un atraco, y menos en aquel cuchitril donde no había nada de valor. Escuché algo como: "¡Que nadie se mueva o me lo cargo!" No sabría decir quién estaba más angustiado de los dos, si el pobre dependiente o yo. Únicamente había tres personas en aquella sala, y una de ellas estaba armada. En cuanto empezó a apuntar a la cabeza del dependiente, que, entre sollozos le rogaba por su vida, me percaté de que era nada más y nada menos que Robert, mi vecino de enfrente. Robert no se había percatado de mi presencia. Sabía que tenía mala fama, pero nunca pensé que fuera capaz de hacer algo realmente agresivo.

Lentamente fui acercándome a la puerta. Mientras tanto, el hombre que se jugaba el cuello, le daba todo el dinero de la caja (probablemente bastante poco). Los nervios me pudieron y salí corriendo. Robert maldijo entre dientes y olvidó por completo que estaba atracando una tienda. Había un testigo de los hechos, y lo peor de todo, su vecina. Salió corriendo detrás de mí, recuerdo los disparos tan desatinados que provocó. La persecución continuó hasta que llegué a una bifurcación. Corrí hacia la izquierda, llegando a un callejón sin salida. No era mi día de suerte.

Robert era lento corriendo, debido a su enorme tamaño, pero de cualquier forma, me estaba persiguiendo un tipo con una *mágnam*. Escudriñé aquel callejón, barajando mis posibilidades. Lo único que había en esa porquería de sitio eran contenedores llenos a reventar de basura. Y una tapa de alcantarillado. Me dije a mí misma:

“Muchacha, es el fin”. De repente, la trampilla se abrió. Una voz oscura me habló: “¡Entra por aquí, rápido!”. “Bueno —pensé— si no me mata el vecino, me matará lo que sea que he escuchado ahí abajo”. Tampoco tenía muchas posibilidades, así que entré en las alcantarillas, bajé por las escaleras apenas visibles y cerré la tapa. Para cuando Robert hubo llegado, me maldijo repetidas veces. El atracador estaba confuso, y yo sorprendentemente viva.

Cuando toqué el suelo, pisé algo pegajoso, cosa que no me sorprendió en absoluto. Al fin y al cabo..., Eran las cloacas. Lo que de verdad me asustó fue una luz que se proyectó de repente, dejando a la vista un rostro horrible. Por un momento, creí haber visto un fantasma. De pronto, la luz se apagó y escuché carcajadas gangosas. Estaba paralizada por el miedo. Algo tocó mi mano. Lo analicé con el poco tacto que tenía debido a los nervios. Era una linterna. Busqué el botón de encendido. Desenmascaré aquella voz. Era un hombre deforme, muy desagradable a la vista, haciendo una pose patética, un intento de reverencia. Me dijo su nombre: Zeth. Se ofreció a guiarme por las alcantarillas laberínticas.

Trifurcaciones, giros a derecha e izquierda, túneles que iban hacia arriba, hacia abajo... Era difícil no perderse en aquel lugar. Era increíble la orientación de Zeth. Estuvimos cerca de 30 minutos, a lo sumo caminando. Finalmente, llegamos a una puerta de hierro enorme. Zeth traqueó, le preguntaron su... ¿número de identidad? Cada vez entendía menos que estaba sucediendo.

Cuando abrieron el portón, vi una enorme bóveda circular, inmensa, y un hombre de casi dos metros de altura recibiéndonos. Estaban aprovechando los túneles como casas, y, sorprendentemente, todo estaba relativamente bien organizado. El hedor seguía siendo bastante fuerte a pesar de llevar más de una hora en aquel lugar lleno de moho y suciedad. En cuanto entré, cerraron el portón de golpe. El hombre que nos había recibido gritó: “¡Hay una intrusa!” todos salieron de los túneles. Jóvenes y ancianos, en su mayoría hombres, nos miraron fijamente. Solo unas pocas mujeres vivían en aquel lugar lleno de podredumbre.

Aparecieron siete personas con pasamontañas, algunos tan deteriorados, que se les podía ver el pelo a través de la prenda. Trataron muy mal a Zeth. Por el tono de voz que utilizaron, deduje que estaban muy enfadados con él. Cinco de ellos hablaban con Zeth, reprendiéndole y diciendo que no tendría más “paseos nocturnos” y que, si seguía así, lo llevarían a la planta inferior. Zeth dijo repetidas veces que lo sentía y que no volvería a ocurrir. A mí me trataron con una pizca de desprecio y me hablaron de tener una “audiencia” con “La Mosca” y las siete “Sabandijas”. Mientras lo preparaban todo, escruté el lugar con más interés. Supuse correctamente dónde sería la “audiencia”: al final de un túnel excesivamente grande tras una puerta más pequeña que la anterior

La puerta daba a una pequeña cámara donde vivía el líder. Dentro solo había una mesita de noche con una vela encendida, y un colchón sucio sobre un canapé que parecía poder romperse en cualquier momento.

Allí descansaba un anciano de aspecto milenario. Bastaba con verlo para saber que tenía un pie en la tumba. Llevaba una corona improvisada, hecha de ramitas de árbol. Los siete hombres con los pasamontañas deteriorados entraron detrás de mí.

“La Mosca” me contó una historia sobre la fundación de esa sociedad secreta de vagabundos y ladrones, me dijo su nombre real, y, entre otras cosas, habló sobre su odio a la violencia, cualquier tipo de violencia, todo debido a su pasado.

Hace años, había estado en un manicomio, donde solo pudo ver dolor y sufrimiento. Cuando escapó gracias a una explosión inexplicable, anduvo muchos kilómetros para llegar a la ciudad. Al parecer, había desarrollado una especie de fobia social y por eso se escondió en las cloacas durante años, hasta que conoció a la que sería su futura esposa, María. En general me contó su vida, que hasta ese entonces poco me importaba. Luego, me dio dos opciones; ir al piso de abajo (la prisión) o ser una ladrona y vagabunda como ellos. De nuevo, volvía a estar entre la espada y la pared. Obligada a vivir en aquel asqueroso lugar. Pude haber escapado de no ser porque todas las salidas estaban tapiadas o necesitaban una llave, incluso el enorme portón.

Los primeros días fueron duros. Los únicos que podían salir al exterior eran: las “Cucarachas”, las “Sabandijas” y “La Mosca”; Lo hacían para darnos alimento y ropa. Además me tocó compartir túnel con una mujer muy mayor llamada Eileen. El primer día me contó sobre el trabajo de la mujer en aquel lugar: “Aquí las mujeres solo servimos para parir más ladrones y cuidar de los hombres, tenlo claro.” Esas palabras me enfadaron, y mucho. ¡Que las mujeres solo servíamos para parir y cuidar de los hombres! Esos eran pensamientos de hace siglos. Tenían una mente muy misógina y retrógrada. Lo que Eileen decía sobre ese lugar era completamente cierto.

Tiempo después me dieron una comanda para no ser un “parásito”. Cuando supe cuál iba a ser mi tarea, no sabía si sentirme afortunada o desdichada: iba a cubrir el puesto de Eileen, atender a “La Mosca”. Llevaba apenas dos semanas en aquella miserable sociedad y ya estaba recibiendo algo que hacer, y no cualquier cosa, ese trabajo era para “privilegiados”.

Todas las mujeres cuidaban de un hombre. Es más, las que no lo hacían, eran “concubinas” (por decirlo de una manera suave). Ya era suficiente con las injusticias del mundo exterior, para tener que aguantar el doble o el triple aquí abajo. Era un mundo desequilibrado, las raciones de comida para las “Ratas” (el pueblo llano, para que lo entendáis mejor) eran menores que las de las “Sabandijas”. La situación me angustiaba y me dolía. Era el vivo retrato de una sociedad en decadencia.

Pasaron las semanas y cada vez estaba más enfadada. Cuando ejercí el puesto de “cuidadora de La Mosca”, (título del que no estoy orgullosa), me di cuenta de que quienes realmente mandaban en aquellas tierras oscuras eran las “Sabandijas”, los hombres de confianza de Iván; los que me recibieron con el pasamontañas el primer día. No intercambié ni una sola palabra con Iván hasta pasado un tiempo, porque casi todas las semanas estaba durmiendo como un tronco, levantándose únicamente para tomarse sus pastillas, alegando siempre que estaba “demasiado cansado”.

Lentamente, perdí la cuenta del tiempo que llevaba allí, no recordaba ni siquiera cuando me habían asignado aquel trabajo. Todo cambió repentinamente uno de los días en los que, “La Mosca” no podía dormir. Esa noche se dedicó a hablarme de lo mal que iba su reinado. Él estaba al corriente de todas las injusticias y la misoginia, pero, pero debido a su avanzada edad, no podía hacer nada. Me contó que Zeth era uno de los “Chivatos” que le informaban de todo. Incluso había escuchado que tenían un plan para asesinarlo. Me decía: “Chiquilla, eres más inteligente que todas las “Sabandijas” juntas, además te pareces mucho a Marla...”. Solía hablar de que él y su esposa, ya difunta, atrajeron a los vagabundos. Marla fue rescatada de la misma forma que Zeth me rescató a mí. Con la diferencia de que ella llevaba una vida miserable que por respeto a su memoria no quiso compartir conmigo, ella también se vio arrastrada a este mundo lleno de oscuridad.

Ella fue la primera ladrona de aquella sociedad. La más experta y astuta... También decía odiar las injusticias y las desigualdades entre hombres y mujeres. “Queríamos forjar un lugar para los marginados, un sitio donde pudieran sentirse a gusto, donde pudieran sobrevivir, ese era el objetivo de esta sociedad... Pero todo se torció cuando Marla desapareció hace más de 37 años... Quiero que heredes tú este Reino de Vagabundos. Cuando muera irán a por ti solo por usar esta corona hecha de palitos de madera, pero sabrás defenderte”.

La cosa iba de mal en peor, me querían cargar con el peso de un “Reino de Marginados”. Yo no elegí esto. No elegí ser una ladrona ni una mendiga... Recuerdo que en esos momentos maldije a Robert cientos de veces. Y a Iván. Esto no era mi problema, ellos no eran mi problema, había sido arrastrada por unas extrañas circunstancias a este mundo de pobres. Yo quería volver a mi trabajo y seguir con mi vida normal. Aunque estaba claro que eso era imposible. Sin embargo, podría aprovechar la ventaja de parecerme ligeramente a Marla para obtener el poder y cambiar las cosas. Era una idea tentadora. Aunque no sabía lo que me esperaba...

Pasaron los días, hacia mis rutinas, y, aunque nunca me acostumbré del todo a esa vida, aprendí a sobrellevarla. Hasta que llegó aquel momento. Salí de mi túnel, el que compartía con Eileen, e hice mi pequeño recorrido para llegar al “Gran Agujero de La Mosca” (como de costumbre). Toqué varias veces y no hubo respuesta. Entré lentamente y, para mi desgracia, Iván había muerto de Dios sabe qué. Cogí la corona con curiosidad, al parecer iba a estar al mando, o al menos eso me habían dicho. Las siete “Sabandijas” entraron en la cámara de uno en uno, todos con atuendos de monje. Sacaron cada uno un puñal y me rodearon, acorralándome contra la pared. “Has asesinado al Rey de Reyes, tu castigo es: la muerte”. Me habían tendido una trampa.

De repente, escuché gritar a Zeth, estaba alertando al pueblo, diciendo algo como: ¡Van a matar a la "Nueva Mosca!". Eileen y los otros mendigos entraron en escena, redujeron a las "Sabandijas". Y dijeron: "Ella es la Nueva Mosca". A pesar de ser hombres fuertes no pudieron con el poder de decenas de personas que se abalanzaron violentamente sobre ellos. Les pilló desprevenidos. Fue un milagro que nadie muriera en aquella caótica habitación. Después, las "Sabandijas" fueron atadas de pies y manos y enviados al piso inferior. La gente me adoraba. Me querían por ser la primera "Mosca femenina".

Lo que sucedió después de aquello, fue una época de cambios. Modificamos los puestos y la jerarquía en sí. Todos éramos "Moscas". Muchos me relacionaban con Marla, y pensaban que era su viva reencarnación, cosa que yo desmentía, pero de poco servía. Era la nueva "Marla".

No quería esa vida para ellos, así que abrí la puerta y les di la opción de ser libres. Se negaron. Querían una líder. Nadie quiso una vida distinta. Por otro lado, las desigualdades terminaron, tanto hombres como mujeres recibían la misma cantidad de comida robada. Hasta alimentábamos a los siete del piso inferior. No los abandoné porque sabía que me necesitaban, eran personas incapaces de vivir sin un rey... O una reina. Odiaba y amaba aquel mundo.

Los robos eran mucho más organizados, y nunca, jamás, robábamos de forma violenta, éramos los Robin Hoods modernos. Les arrancábamos a los ricos todo lo que tenían para dárselos a los mendigos. Todo iba de maravilla, hasta que Zeth se reveló. Ya lo notaba receloso cuando empezamos a hacer cambios. Convenció al pueblo de que yo tenía alguna clase de plan malvado que los llevaría a la muerte, les habló de lo "buena" que era la vida antes de que yo llegara a las cloacas.

Zeth conspiró contra la corona, planeando otro asesinato, Eileen me avisó, y sucumbí ante el miedo. Debía escapar de allí así que, una noche, sigilosamente, me fui de aquel lugar, tenía a mi disposición las llaves del gran portón. No fue nada fácil. Zeth se percató, liberó a las "Sabandijas" y me persiguieron durante toda la noche hasta que, por fin, entre la oscuridad, encontré un lugar por donde podía escapar: la misma tapa de alcantarilla que me había salvado de Robert. Subí rápidamente las escaleras. No se atrevieron a salir al exterior. Cuando salí de allí, había un hermoso amanecer, por fin era libre de mis perseguidores.

Les cuento esto para que detengan lo que está ocurriendo ahí abajo, protéjanme de Robert y, si quieren, encarcélenme por mis robos. Pero no dejen que esa gente sufra. Deben parar a Zeth y las "Sabandijas".

El policía se quedó dubitativo, hasta que por fin dijo:

—Muy bien, ¿Susan? Creo que se llamaba así, investigaremos el caso, y en cuanto a usted, pasará unos días en el calabozo mientras analizamos cada detalle de su historia. Tiene familiares que denunciaron su desaparición hace un año. En el caso de que todo lo que usted haya dicho sea cierto, se enfrentará a un problema con la justicia. Gracias por la información, y que sepa que no es la primera que nos comenta los rumores sobre la “Sociedad Secreta”

Por fin me sentía segura, nadie me podía hacer daño tras esos barrotes. Y además había hecho lo correcto. O eso creía. Es cierto, había abandonado a personas muy queridas que estaban viendo la creación de una “Utopía miserable”. Y sabía que si Zeth se convertía en “La Mosca”, iban a sufrir, y mucho. Este pensamiento de culpabilidad me impidió dormir durante las noches en el calabozo, a veces incluso lloraba. Yo era la reina en aquel lugar, estaba haciendo cambios, estaba exterminando la desigualdad, ¿Por qué tenían que pagar ellos por mi cobardía?

Días después se confirmó mi historia, me declaré culpable de todos los robos que se me adjudicaban, hasta los que no había cometido. Ahora voy a ser encarcelada por unos 25 años. Sigo dudando... ¿realmente hice lo correcto? Si no es así, Dios me perdone por haberlos abandonado a su suerte.

***Lema: Beco***



*Índice:*

*Ganador XXX Certamen Villa de Almoradí*

*Mi última noche.....pág. 1*

*Finalista XXX Certamen Villa de Almoradí*

*El velatorio.....pág. 5*

*Ganador XXVI Certamen Antonio Sequeros*

*La vida centenaria de Margarita Soriano.....pág. 9*

*Finalista XXVI Certamen Antonio Sequeros*

*Barro.....pág. 12*

*Ganador III Certamen Juvenil Villa de Almoradí*

*Modalidad 1º y 2º Bachiller*

*La danza de las moscas.....pág. 18*



c u l t u r a

AYUNTAMIENTO DE ALMORADÍ